

LA PIEL EN LAS LETRAS

Condecoró a Zalim con una llaga aborrecible

Sergio Gabriel Carbia¹, Roberto Glorio²
Universidad de Buenos Aires

Fecha de trabajo recibido: 1/12/2015
Fecha de trabajo aceptado: 3/02/2016

¹ Docente adscripto en Dermatología (UBA)

² Docente autorizado en Dermatología (UBA)

Contacto del autor: Sergio Gabriel Carbia

E-mail: scarbia@intramed.net

Correspondencia: 12 de Octubre 1027, Quilmes, Prov. de Bs. As., Argentina

Las tres Murguía eran, entre nosotros, unas vendedoras medianas. Sin embargo, solían cazar sus diarios canguros, por lo general enganchaban a los varones, eran franeleras al máximo y Esthercita, la que producía más, se dejaba algunas veces en los ranchos hasta tocar y todo. Era una calentona ineludible que portaba un fuego que la instaba a dar y recibir con una intensidad apabullante, y durante cierta noche calurosa, colmada de mosquitos y deseo, condecoró a Zalim con una llaga aborrecible que le apareció furtivamente a los ocho días y le desapareció a los treinta pero gracias a los treinta millones de unidades de penicilina que le suministraron por el orto y que casi le impedían caminar, y gracias a pastillas terribles, antibióticos maravillosos y rigurosos análisis del tipo Waserman y Kahn. Douksas, en cambio, tuvo más suerte que su socio, porque la había contactado a Esthercita la tarde anterior, a eso de las siete, en el rincón oculto del arroyo imperdonable, debajo del puentecito divisorio de la clásica calle de los caballos muertos, y cuando el turco le mostró su verga horrosamente condecorada se quiso morir. Desesperado, en el cuartito de su casa demagógica de Lanús, el que servía para guardar los marcos viejos, el polaco tomó impetuosamente su conflictiva verga y la colocó por las dudas en una tazona repleta de alcohol, la tuvo como diez minutos adentro el animal y toleraba el intenso ardor con los ojos cerrados, se la embadurnó después con merthiolate y acompañó al turco compungido al hospital Argerich, donde el gran amigo Santángelo se dispuso con científica atención, a examinar las vergas heridas, con una lupa, quitándoles algo de juguito y colocándolo sobre un cristal, sacándoles después sangre, orina, todo. Por supuesto que a Zalim le dio positivo el análisis, y por tal motivo Canaro Possiet lo felicitó fervorosamente, a Douksas le dio negativo y respiró aliviado, aunque compadecía a su socio que, humillado, avergonzado, dolorido, debería recibir un millón de unidades diarias de penicilina.

Jorge Cayetano Zain Asís (Argentina, 1946)

Nacido en Avellaneda, es un periodista que escribe cuentos y novelas, de una manera directa e irreverente. Trabajó en la redacción de Clarín como redactor de aguafuertes durante el proceso militar, bajo el pseudónimo de Oberdan Rocamora, e incursionó en política en la década del 90, como secretario de cultura y embajador (ante la Unesco y posteriormente en Portugal).

De sus vasta obra, se destacan sus escritos durante e inmediatamente después de la dictadura militar en Argentina. Su obra más conocida es el best-seller "Flores robadas en los jardines de Quilmes" (1980). Otras obras destacables son "Los reventados", "Carne picada", "Canguros" y "Diario de la Argentina".



"Canguros" es una historia de una pareja de amigos, Zalim y Douksas, el turco y el polaco, que recorren los suburbios pobres de la zona sur del gran Buenos Aires, timando a la gente, los "canguros", en base a picardía, un lenguaje locuaz y una insensibilidad descomunal como cuando expresan "Los minutos son diamantes, cuidado con quién invertí el tiempo, que no te enganche con sus historia patética un desocupado".

En una nota, refiriéndose al escritor desaparecido Haroldo Conti, ha expresado: "Es la primera persona a la que le conté lo que iba a ser Flores robadas... Yo tenía treinta años y me sentía en condiciones de hacer un balance generacional... ¡Mirá vos que pendejo pelotudo! ¡Tenía treinta años negro! Me sentía un viejo. Ahora voy a cumplir sesenta y siete y sigo hinchando las pelotas. Yo siempre creí que me iba a morir joven. Por eso me apuraba y escribía desesperadamente".

Entre sus recuerdos comentó: "Tenía el verano, y en ese momento no tenía ordenador o laptop. En ese momento tenía que poner una frazadita debajo de la máquina por el ruido que hacía, para que mi hija pudiera dormir. Y para corregir una página tenía que pasar toda la hoja. Con lo que me costaba escribir... si uno no es libre cuando escribe, ¿cuándo va a serlo? Por eso digo, no volví a tener esa libertad porque el éxito generó un condicionamiento, un posicionamiento, una serie de miradas que incluso inexorablemente en la escritura uno tenía que ser una especie de respondedor de críticas que yo sabía que estaban".

BIBLIOGRAFÍA

Asís J. Final con guarangas. En: Canguros. 1ª Ed. Editorial Legasa S.R.L, 1983, 220-221.